

La burla del Nobel de la Paz

donado Gonalha, anticomunista visceral: es ahora quien, con Marcelo Curto —los dos han sido ministros de Trabajo de Mario Soares— funda y dirige la UGT, con la intención de sumarse al apoyo socialdemócrata y según noticias que parecen fidedignas, con un fuerte apoyo de los sindicatos de la República Federal de Alemania. Todo ello contribuye más aún a la inquietud, al fastidio de los obreros.

Las concesiones de los partidos políticos, por lo tanto, tienden a buscar el final de la crisis. La figura que Eanes les pone delante la pueden aceptar mejor que la de Nobre da Costa, sin "perder la cara". Evitarán así que Nobre continúe gobernando como lo está haciendo, que la masa le culpe de la crisis. Evitarán, sobre todo, la proximidad de unas elecciones generales que puede decretar Eanes, abriendo un largo periodo de interinidad —desde la disolución del Parlamento hasta la formación del nuevo tras las elecciones— en el que seguiría gobernando con la entereza que demuestra el propio Nobre, o sea, el propio Eanes... Y con el dudoso resultado de esas elecciones en un país desencantado y despolitizado. En el sentido de la política práctica de partido y Asamblea, pero no despolitizado en cuanto a la exasperación por las condiciones en que se desarrolla su vida diaria.

En esta pugna abierta, probablemente Eanes está ganando la partida. Las acusaciones de que cometió un error cuando designó a Nobre da Costa parecen infundadas. Sabía muy bien, probablemente, lo que hacía cuando lanzó este ariete contra el Parlamento, para degastar a los partidos políticos. Los sigue desgastando con este nuevo nombramiento, o esta nueva designación: si la aceptan los partidos y gobierna, lo hará a su disposición, y los partidos dudarán mucho antes de provocar una nueva crisis. Si no lo aceptan y renuncia a presentarse al Parlamento, Eanes mostrará una vez más al país la imposibilidad de gobernar con un régimen de partidos y una Asamblea abierta.

Las otras soluciones parecen descartadas. Eanes ha advertido ya que ni aceptará una alianza gubernamental entre socialistas y el PSD, que le parece frágil. Cualquier solución con los comunistas está fuera de lugar.

Y así, Portugal está cada vez más lejos de los claveles. ■

L A escena es ya imaginable: Sadat, Beguin se encuentran en Oslo para recibir su Premio Nobel de la Paz, se abrazan, y comparten su cheque en presencia del Presidente Carter, nombrado por el Comité. Se reúnen luego los tres, allí mismo, de una manera más o menos espectacular, y firman la ratificación —prematura, incompleta— de sus acuerdos y la proclaman al mundo. Todo ello es de una gran belleza televisiva. Muchos de los actos oficiales de hoy se hacen para la televisión. Incluso parece que hay matanzas, guerras, hechas para la televisión. Después de todo, no hace más que seguir una tradición de la prensa escrita: Hearst promovió la guerra de Estados Unidos y España en Cuba para vender sus periódicos sensacionalistas, y se dice que la prensa Pringer, de Alemania Federal, ha provocado saltos del muro de Berlín

para poder contar, luego, sus éxitos o sus fracasos; con muerte incluida: sus fotógrafos estaban allí.

El Premio Nobel que ha premiado a Sadat y Beguin, y concretamente la reunión de Camp David, es una muestra palpable de la degeneración moral de nuestro tiempo. De la muerte de la ética, de la sensatez, del sentido común y de un cierto pudor. Los personajes premiados son hombres de guerra: de la guerra individual del terrorismo, la clandestinidad, la conspiración y el atentado hasta la guerra abierta hecha por sus Estados. Sus poderes se asientan sobre masas de muertos. Entre los dos han ayudado a desplazar de sus tierras a millones de palestinos, errantes por el mundo, no integrados por Egipto después de que Israel les expulsase, y entregados al terrorismo, como en sus años juveniles hicieron Sadat y

Beguin y por la misma causa —la defensa de su territorio—, sólo que perseguidos por el mundo entero, en lugar de premiados por la civilización pacifista escandinava.

Los acuerdos de Camp David forman parte de un conglomerado político de los Estados Unidos que forma parte de su implantación en una zona crucial —estratégica y económica— del mundo, y de un enfrentamiento global con la Unión Soviética. Ha conseguido Carter y sus diplomáticos, vendedores de armas y militares, desplazar a Egipto del campo árabe y llevarle a una paz separada con Israel, lo cual no quiere decir que se trate de una paz, sino de un cambio de frente y quizá de alianzas de uno de los dos combatientes. Ha conseguido que Israel se prestara, para obtener esta presa, a unas ciertas concesiones, de las que luego —ahora— está renegando. La consecuencia de todo ello ha sido una remoción de situaciones: la guerra del Líbano, la alianza de Siria con Irak, la formación del "frente de rechazo". Aún no se sabe cuál puede ser la actitud que tome la Unión Soviética, y qué nuevas guerras puede provocar la situación.

Se puede pensar lo que se quiera de las actitudes de Sadat y Beguin, de la política de Carter, del derecho de los israelíes a mantenerse en ese territorio o de la extenuación de los palestinos. Todo puede tener su defensa y su ataque. Lo que no se puede pensar es que el concepto de paz, presente o futura, tenga ninguna relación con esta situación y con el desarrollo de unos acontecimientos que no se sabe a qué extremo pueden llevar al mundo.

Lo que no se puede ya pensar, seriamente, es en el Comité de Oslo, en la Academia sueca o en el valor intrínseco de los Premios Nobel como estímulo a una "labor en beneficio de la Humanidad", como pretendía su fundador. ■

